Mujeres, medios y democracia

Elena Poniatowska

Lo primero que se pide en México a una mujer profesionista para darle empleo, antes que el título, es buena presentación, ser joven y bonita como *top model*. Inútil presentarse sin estos requisitos. En televisión, las noticias las dan ojos verdes y azules, cabelleras rubias, naricitas respingadas. A los verdaderos habitantes de México los vemos sólo a la hora de las catástrofes, de los terremotos o las explosiones de gas. Los quince minutos de fama a los que tiene derecho cada habitante de la Tierra según Andy Warhol el mexicano común los alcanza en el momento de la desgracia, que puede ser también individual: los *casos de alarma* ahora se transmiten en vivo y a todo color; en la moda televisiva actual, la sangre mancha las pantallas.

Para las mujeres el momento ha tardado en llegar. Igual que en las oficinas, los gerentes suelen tener a una guapa secretaria en la antesala, los conductores de televisión quieren simplemente una muñeca de aparador al lado. *Sois belle te tais toi*, Sé bella y cállate, como dicen los franceses. Tradicionalmente, el lugar que ha ocupado la mujer en la televisión ha sido el de un adorno. ¿Quién habría imaginado, hace apenas unos años, que de entre aquellos maniquíes algunas abrirían la boca para decir algo más que buenas noches amable público y repetir como robots lo que les dicta el apuntador electrónico?

Un fenómeno determina al periodismo mexicano a partir de la década de los años ochenta: la feminización de la noticia. Son las mujeres las que han introducido a la radio, a la televisión, a la prensa escrita, temas antes intocables. Finalmente son ellas las que han hecho entrar a las páginas de los periódicos y a los espacios radiales y televisivos a los homosexuales (baste un nombre: Nancy Cárdenas), los indígenas (Rigoberta Menchú), los discapacitados (Carmelina Ortiz, Monasterio de Molina), los niños de la calle, los enfermos alcohólicos y drogadictos, los que sufren daño mental, los raros, los atípicos, los que a nadie importaron nunca. Las minorías han salido de sus *ghettos*.

Las mujeres seguimos siendo tratadas como minoría a pesar de que demográficamente constituimos la mayoría: 52% de la población y más de la mitad del padrón y de la votación registrada. En términos legales, la discriminación no existe en México, sin embargo una investigación de Norma López Cano y Aveleyra consigna que, en nuestra vida como país independiente, de 180 cargos en secretarías de Estado sólo seis han sido ocupados por mujeres, es decir, apenas un tres por ciento; únicamente tres gobernadoras hemos tenido (1.1%) contra 262 gobernadores y sólo 318 diputadas, es decir el ocho por ciento, entre 3 mil 700 curules.

En el México de 1997 el panorama se presenta desolador. El polvo blanco del narcotráfico ha caído como sal sobre nuestras cabezas que, así, permanecemos sin levantar. Colosio, Ruiz Massieu y el cardenal Posadas son los muertos de una serie de atentados en los que todos hemos resultado heridos. Los crímenes políticos constituyen la más grave evidencia de que nuestro *status quo* es la corrupción. Nos convertimos en cómplices al no protestar contra nuestros gobiernos, al tolerarlos, con esta inmensa capacidad de aguante que tenemos, tan inmensa que Dios guarde la hora. La conciencia mexicana y la autoestima como nación están dañadas de por vida y la vergüenza nos remite a la visión de los vencidos, nuestra moral, sus dogmas y certezas / se ahogaron en un vaso, escribe el poeta José Emilio Pacheco.

Franz Fanon olvidó incluirnos dentro de *Los condenados de la tierra*. Somos 93 millones de habitantes, la onceava nación más poblada de la tierra y, según los analistas, México se encamina a la dependencia total, a punto de convertirse en una gigantesca cadena ma-

quiladora, como la que ya existe en nuestros casi tres mil kilómetros de frontera con el país más poderoso de la tierra, Estados Unidos. El narcotráfico, en efecto, nos ha salado: el desempleo y la nula capacidad de compra, la inflación, los salarios de hambre, no permiten el acceso de las mayorías a la vida cívica y ni siquiera a la ciudadanía. Hasta 1994 nuestros casi diez millones de indígenas no podían considerarse mexicanos. No pretendo que nos instalemos en la autocompasión ni que asumamos otra vez el papel de víctimas, pero la prensa mexicana y el papel de las mujeres dentro del proceso de democratización sólo pueden analizarse desde la realidad que es ésta y no otra.

Entre los humanos el género (femenino, masculino) es determinante en el modo de ver, de sentir, de expresar. El periodismo también es una cuestión de género. El Vietnam que ve Susan Sontag es distinto al de los sociólogos, los historiadores, los analistas políticos. Oriana Fallaci lanza preguntas impensables en un entrevistador hombre. En México, Marta Lamas (*Debate Feminista*) y Sara Lovera (*Doble Jornada*) han llevado a la primera plana temas antes prohibidos como el aborto y la violación. El abuso sexual ha sido llevado a la plaza pública con todos sus demonios, las penas a los violadores se han incrementado y en días pasados se dio un caso insólito en nuestro sistema judicial: Claudia Rodríguez, encarcelada por dispararle a un hombre que intentó violarla, quedó en libertad y declaró, contundente, con todo y las torturas y vejaciones de que fue víctima en prisión: Volvería a defenderme con lo que tuviera si alguien quisiera abusar de mi cuerpo.

El caso de Claudia es un triunfo de las mujeres del movimiento feminista en concreto, quienes también han puesto en el tapete de la discusión no sólo la violación femenina sino la masculina, sobre todo el abuso de niños y adolescentes. Recientemente, también, fue la insistencia de una reportera de *Radio Red* en el caso lo que obligó a las autoridades de Puebla a imponer cárcel a un individuo que, luego de violar a 50 niños en guarderías de aquella ciudad, seguía libre. A ningún hombre se le ocurrió antes sacar a la luz este problema, criminalmente cotidiano en nuestro país. Aún hoy, muchos reporteros se abochornan al abordarlo, sobre todo cuando el delito se infringe en contra de los de su mismo sexo.

La mujer es mucho más libre que el hombre en el tratamiento de temas que se consideran delicados o prohibidos. La sexualidad es uno de los más claros ejemplos. El único programa de televisión sobre educación sexual que se encuentra actualmente al aire es el que conduce Verónica Ortiz en el Canal 11. *Gallup* realizó una encuesta entre jóvenes de diferentes edades y el 90% exigió educación sexual clara, abierta y directa. Ya no queremos mentiras con respecto a la sexualidad, dijeron. Es curioso comenta Verónica, las mismas preguntas que me hicieron sus padres hace 18 años me las hacen los jóvenes de hoy: que si hacer el amor de pie evita riesgos de embarazo, que si el semen ingerido de manera oral puede dejar preñada a la chavita, que si el sexo es pecado, en fin... Te das cuenta de que sobre sexualidad nunca vamos a dejar de hablar, nunca dejaremos de decir las mismas cosas, sobre todo ahora que tenemos encima el sida y el índice cada vez mayor de muertes por abortos clandestinos. Resulta increíble que en nuestro país sólo



exista un programa de televisión en torno a la educación sexual, cuando el problema es tan grande.

Verónica Ortiz es una verdadera sobreviviente de la censura. En su larga carrera dentro de los medios electrónicos ha sido perseguida, al igual que María Victoria Llamas, por quienes no toleran que los medios masivos aborden determinados temas. Antes que permitir que su programa sobre sida fuera censurado, María Victoria Llamas prefirió salir de Televisa, donde realizó una serie notable, *Mujeres trabajando*, donde dejaba hablar a las empleadas domésticas, a las obreras, a las artesanas, a todas las que sin ella y otras como ella no tendrían manera de hacerse oír. La valentía de mujeres como Verónica y María Victoria, que pese a todo continúan inalterables en sus posturas, aunque deban saltar constantemente de un medio a otro, resulta admirable en un país en el que hay que hacer antesala, tocar puertas, batallar siempre, proponer temas con la certeza de que serán rechazados y habrá que volver a insistir.

Hoy en día, pese a todo, Verónica Ortiz y María Victoria Llamas continúan inalterables como voces disidentes dentro de los medios electrónicos. Habría que mencionar la extraordinaria labor de Fátima Fernández Christlieb en la radio y en la televisión universitarias. Manú Dornbierer fue la primera en denunciar la arbitrariedad salinista y le costó su despido. Las columnas de Martha Robles siempre van al punto y son de una precisión deslumbrante, Florence Toussaint y Carmen Aristegui han contribuido con su voz y su pluma a la democratización de nuestro país.

En los llamados *mass media* las mujeres no sólo introducen los grandes temas, sino que vuelven trascendentes los de la vida diaria. Son ellas quienes han demostrado que lo personal es político y lo individual colectivo. Su propuesta de relaciones humanas y de desarrollo de la sociedad es nueva, porque al lado de la búsqueda del poder, de la productividad, de la autoridad, colocan el afecto y las necesidades más íntimas, generalmente despreciadas en el mundo público. Ponen en el orden del día la gran transformación de la mujer, que es la de la sociedad entera. También se han preocupado por la crueldad que se ejerce contra los animales y por la conservación del medio ambiente, generando así una nueva conciencia respecto al cuidado de nuestro entorno, hoy por hoy un asunto de vida o muerte.

Las organizaciones no gubernamentales han contribuido a que las mujeres dejen de ser invisibles. Así sucedió en el terremoto de 1985, en que el gremio más golpeado resultó ser el de las costureras, cuya tragedia todos olvidaron, hasta que, con Evangelina Corona a la cabeza, marcharon por San Antonio Abad para denunciar su abandono y explotación de años. ¿Por qué nadie les hizo caso? Eran mujeres, madres solteras, obreras que laboraban en condiciones muy parecidas a las de la Inglaterra que retrata Dickens: talleres clandestinos, edificios derruidos, trabajo excesivo, abusos. Las reporteras hicieron valer su indignación al volverla pública. Sara Lovera en *La Jornada* les dio voz, documentó el tema durante más de tres meses y lo sigue haciendo a la fecha en *Doble Jornada*.

Si el curso de la historia política de Argentina fue transformado por las *Madres de la Plaza de Mayo*, en México ocurrió algo similar con las que podríamos llamar Madres del Zócalo, la Unión de Madres con Hijos Desaparecidos. Rosario Ibarra de Piedra, con su asombrosa capacidad de convocatoria, logró reunir a mujeres de todos los sitios de la república que habían perdido a un hijo durante los años sesenta: señoras de su casa, campesinas a quienes jamás se les habría ocurrido protestar frente al atropello, no porque no lo sufrieran, sino porque su marido les impedía cualquier movimiento: No te metas en eso, no nos vayan a amolar a todos, tenemos otros hijos, vieja, acuérdate. Se conformaban con llorar y decir: Ya le mandamos decir su misa, quién sabe en qué andaba mi muchacho, que Dios lo perdone. Nadie hubiera creído que estas mismas madres, esa masa amorfa, inerte y sojuzgada, llegaría un día a corear en la plaza pública: Vivos los llevaron, vivos los queremos, y se enfrentaría a la fuerza pública, haría huelga de hambre y se instalaría en un campamento en el atrio de la catedral metropolitana, a unos metros del Palacio Nacional.

De nuevo, quienes hicieron trascender el grito aquel en notas periodísticas fueron en su mayoría mujeres, las periodistas que dieron seguimiento a la huelga de hambre, a los plantones, a la campaña de Rosario Ibarra de Piedra como la primera candidata a la presidencia de la república y al movimiento político que engendró su lucha. Recuerdo que cuando le llevé a José Pagés Llergo el primer reportaje sobre doña Rosario me dijo textualmente: Pinche vieja loca (nunca supe si se refería a mí o a ella, más bien creo que a ambas). Doña Rosario rompía los cánones, estaba en la oposición, se salía del huacal. En lugar de quedarse encerrada en su casa de Monterrey a llorar como lo

haría cualquier señora en sus circunstancias, vino a la capital a organizar un movimiento a nivel nacional, cambió para convertirse en una formidable luchadora social.

Obviamente el partido de la revolución institucionalizada no iba a tolerar su denuncia. ¿Presos políticos en México? ¡Nunca! Si México es el país del exilio de todos los opositores de la tierra, México ha recibido a todos los contestatarios del mundo, desde la guerra civil de España en 1939 hasta los perseguidos por las dictaduras y los regímenes militares de América Latina, desde Rómulo Gallegos hasta los chilenos que se jugaron la vida con Salvador Allende.

En torno a Guadalupe Loaeza se ha dado un verdadero suceso de los últimos tiempos. Las mujeres de las Lomas de Chapultepec y del Pedregal, los rumbos de las casas ricas, fueron las primeras en protestar por el desastre salinista, frente a Los Pinos. Si Ira Hohenlohe se quejó hace años de que las burguesas mexicanas sólo hablaban de niños y sirvientas, ahora se sorprendería al ver la capacidad de indignación de las señoras de las Lomas, que no se queda ya en pláticas durante sus sesiones de canasta, sino que salen a la calle, sudan y se acongojan, realizan marchas, pronunciamientos políticos, se comprometen.

El Heraldo, un periódico que refleja las actividades sociales de las mujeres, sus modas y cocteles, publicó el 11 y el 12 de febrero la larga declaración de bienes de Paulina Castañón Ríos Zertuche, esposa de Raúl Salinas de Gortari. Afirma que su fortuna personal de cinco millones de dólares la obtuvo de su primer marido, un hijo del ex presidente Gustavo Díaz Ordaz. A esto se suman otros doce millones sí, claro, también de dólares que, explica, fueron el regalo de bodas de su actual esposo, huésped distinguido de Almoloya. En cuanto a sus bienes raíces, aclaró que sólo es propietaria de seis casas: una en México y las otras en McCallen, Texas y Nueva York. Las primeras en criticar esta información fueron las señoras de las Lomas, que ya no sólo abren el periódico en las secciones propias de su sexo, sino que leen con lupa los editoriales y columnas políticas.

Si el México trepador y arribista de los años cincuenta puede ser explicado a través de las páginas de sociales, muy otros son los tiempos actuales. Hoy, aun cuando estas secciones han subsistido en algunos grandes diarios, resulta curioso advertir que las principales columnas del género son firmadas no por mujeres sino por hombres. Mario de la Reguera, Enrique Castillo Pesado y Juan José Origel, entre otros, son los que ahora nos informan quiénes son las mejor vestidas, cuál es el perfume de moda y cómo viven los *beautiful people*. Las primeras planas, en cambio, se pueblan cada vez más de nombres femeninos, que son los que ahora suelen firmar las ocho columnas. La estrella indiscutible de las fuentes financieras es una mujer: Rossana Fuentes-Beráin, y la de las obras también: Andrea Becerril. Alma Guillermoprieto destaca con sus grandes reportajes en el *New Yorker* y en el *Washington Post*. Cristina Pacheco ha mantenido una carrera de una tenacidad admirable a lo largo de los años y ahora la vemos combatir desde tres frentes: prensa, radio y televisión. Es conmovedor, por cierto, el caso de su compañera de cabina Lourdes Guerrero, quien, invadida por el cáncer, hasta el último día se mantuvo al frente de su micrófono en la XEW.

Es digno de resaltar el caso de Carmen Lira, la tercera mujer en ocupar la dirección de un diario de circulación nacional, antecedida por Socorro Díaz en *El Día* y Enriqueta Cabrera en *El Nacional*. Elegida unánimemente en *La Jornada*, la llegada de Carmen Lira a la dirección de este periódico de izquierda tal vez tardó demasiados años. A la fundación de *La Jornada* en 1984, Carmen arribó con una trayectoria brillantísima como reportera; pronto ocupó la jefatura de información y, luego de un periodo como corresponsal en Washington, la subdirección del diario, durante los últimos años de Carlos Payán, a quien ha relevado con notables logros desde hace unos meses.

Ya desde los años setenta las corresponsales de guerra de *Unomásuno* en El Salvador eran Carmen Lira como reportera y Maritza López como fotógrafa, sin embargo lo que ocurrió durante el estallido chiapaneco de 1994 fue definitivo: desde el frente de batalla, las noticias eran enviadas, a riesgo de sus vidas, por mujeres. Al menos en *La Jornada*, y sin dejar de recordar los reportajes de Hermann Bellinghausen y Jaime Avilés, las reporteras brillaron por su valentía y profesionalismo, principalmente Blanche Petrich, Rosa Rojas, Matilde Pérez y Frida Hartz, quien, hecha un ovillo dentro de su volkswagen, sobrevivió milagrosamente a una lluvia de balas en San Cristóbal. Nada hay más viejo que el periódico de la víspera, reza el refrán, y los logros del periodismo suelen olvidarse con facilidad. Ejercemos un oficio de naturaleza efímera.

Dicen en Chiapas que el primer levantamiento no fue en 1994 sino en marzo de 1993, cuando las

♦♦♦

mujeres zapatistas comenzaron a movilizarse para exigir sus derechos. Allá, en la selva lacandona, dentro de las filas del EZLN, las militantes han recibido un trato que les era desconocido. Se les enseña a conocer su cuerpo, reciben educación sexual, se les asiste durante el periodo de menstruación (desnutridas en su mayoría, la pérdida de sangre puede resultar fatal), se les proporcionan métodos de control natal y, desde luego, se les pide que no se embaracen, ya que no podrían tener a un niño en la selva. La violación es castigada, dentro del Ejército Zapatista, con fusilamiento. A las mujeres, que antes tenían que casarse con el hombre que escogieran sus padres y seguir los ritos tradicionales como irse a vivir con sus suegros llevándoles un garrafón de aguardiente, según los describió Rosario Castellanos, hoy se les abre el horizonte. El propio Subcomandante Marcos se ha encargado de guiar a las mujeres, de enseñarlas y de recoger sus peticiones:

Queremos que no nos obliguen a casarnos con el que no queremos. Queremos tener los hijos que queramos y podamos cuidar. Queremos derecho a tener cargo en la comunidad. Queremos derecho a decir nuestra palabra y que se respete. Queremos derecho a estudiar y hasta de ser choferes.

La ley revolucionaria sobre las mujeres promulgada por el Ejército Zapatista de Liberación Nacional y divulgada en todas las lenguas indígenas, contempla entre sus principios el derecho de las mujeres a la educación, a la salud, a trabajar y recibir un salario justo, a elegir a su pareja, a ocupar cargos de dirección y establece en su punto octavo: Ninguna mujer podrá ser golpeada o maltratada físicamente ni por familiares ni por extraños. Los delitos de intento de violación o violación serán castigados severamente.

♦♦♦

De todos los logros hacia la democracia obtenidos por las mujeres periodistas, quizá lo más importante sea que a través de ellas se han hecho oír grupos humanos y voces aisladas que antes no tenían el menor acceso a los medios de comunicación. La brecha abierta ya no puede cerrarse. Los testimonios recogidos por muchas de nosotras quedan allí para siempre. Campesinas, obreras, taquilleras del metro, prostitutas, mujeres de distintos niveles socioeconómicos y diferentes edades cuentan sus experiencias, a veces con fuerza sobrecogedora. Padecemos en México de una sociedad tremendamente jerarquizada en la que las necesidades de un grupo social no coinciden con las del otro. La brecha entre pobres y ricos es profunda y cada día parece ahondarse. Periodistas vestidas de traje sastre abren espacios a mujeres que tienen mucho más qué decir que cualquiera de nosotras. Desde el micrófono, desde la grabadora, desde la libreta de las periodistas, estas mujeres logran hacerse oír.

El día en que ellas, a quienes hoy les damos voz, tengan las mismas oportunidades que nosotras, las privilegiadas, ese día habremos alcanzado, entre todas, la democratización de los medios a la que tanto aspiramos. El día en que se reconozca nuestro esfuerzo y recibamos el mismo pago que un hombre por igual trabajo, habremos dado un paso hacia la democracia. El día en que nuestra voz se escuche y se valore, nuestro país estará caminando hacia la democracia. El día en que los movimientos de mujeres tengan la misma importancia que otros, habrá democracia. El día en que la mujer sea la única dueña de su cuerpo y las decisiones que tome dependan sólo de ella y de su pareja, habrá democracia. El día en que se le dé igual trato político a ella que al hombre, habrá democracia. El día en que se acepte la igualdad básica de los dos sexos habrá democracia. El día en que hombres y mujeres compartan en igualdad de circunstancias las tareas y las responsabilidades de la vida en común, habrá democracia. El día en que la mujer tenga acceso a la vida pública, el día en que las diferencias entre ambos sexos no signifique discriminación, habrá democracia.

El día en que las mujeres no sean sólo las poseedoras del 10% del ingreso mundial, el día en que más de 900 millones de mujeres y niñas en el mundo vivan con más de un dólar diario, habrá democracia. El día en que en el seno de la familia se invierta lo mismo en la niña que en el varón habrá democracia. El día en que la política sea también cosa de mujeres, habrá democracia. El día que se muera el mito de que la mujer es el sexo débil habrá democracia. El día en que el conocimiento académico sea igualitario habrá democracia. El día en que la maternidad voluntaria sea reconocida constitucionalmente, el día en que el machismo quede sepultado, el día en que la sociedad se feminice, ese día habrá democracia.♦

* Conferencia El acceso al poder y fortalecimiento de las mujeres en los medios de comunicación convocada por la Fundación Internacional de Mujeres en los Medios (IWMF), Ciudad de México, 7 y 8 de marzo de 1997.